

## LIBROS

---

*Hibridismo cultural,*  
de Peter Burke



*Libertad y crecimiento. El desarrollo de los estados  
y de los mercados en Europa, 1300-1750,*  
de Stephan R. Epstein



*Las culturas políticas en la España del siglo XIX,*  
de Julien Lanes Marsall y Maitane Ostolaza



*Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas  
en la Europa de entreguerras,*  
de Alejandro Quiroga Hernández de Soto y Miguel Ángel del Arco Blanco



*Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita  
de las humanidades,*  
de Martha C. Nussbaum



*Historia de la Enseñanza Media en Aragón,*  
de Guillermo Vicente y Guerrero (coord. y ed. lit.)



Reseñas de:

Raúl Alberto Mayoral Trigo, Alejandro García Montón,  
Javier Ramón Solans, Antonio Alcusón Sarasa  
y Vladimir López Alcañiz



## Hibridismo cultural

Peter Burke, *Hibridismo cultural*, Madrid, Akal, 2010.

Para el turista-viajero mínimamente atento, la Plaza de Armas de Cuzco actúa como una suerte de colector cultural. Sobre su superficie se mezclan el pasado con el presente, los restos parciales de la antigua capital del *Tahuantinsuyo* —el Imperio inca— y los edificios simbólicos del poder colonial, el maravilloso caos de la circulación con la geometría rectilínea de edificios y jardines. Occidentales cargados con abultadas mochilas se suman a los habitantes de la ciudad, algunos vestidos con coloridos trajes supuestamente tradicionales y la mayoría ataviados a la manera occidental que domina la moda cotidiana. Unos y otros interactúan con una ingente marea de turistas y viajeros de todo tipo o edad, provistos de cámaras y equipados según el estilo, aventurero sin excesos, que caracteriza al coronel Tapioca. Todos recorren la Plaza y las calles adyacentes en busca de su particular *viaje imposible*,<sup>1</sup> quizás confundiendo lo que ven realmente con la construcción imaginaria del pasado que define a buena parte de los destinos turísticos.

Es muy probable que en su viaje el turista del que hablamos sea llevado al *Coricancha*, el antiguo Templo del Sol reconvertido en convento por los conquistadores utilizando los enormes sillares incas de piedra. Posteriormente, en la imponente catedral se le enseñarán algunos ejemplos pictóricos de la

conocida como «escuela cuzqueña» y su combinación de tradiciones locales y católicas. Con independencia de los discursos del guía, este viajero mínimamente dispuesto deducirá sin duda la extraña simbiosis, unas veces creativa y otras aniquiladora, pero siempre espectacular, que se encuentra detrás de estos procesos de hibridación. También es probable que deduzca la tensión latente entre los procesos de aceptación y resistencia de lo foráneo que definen a los intercambios culturales.

Más allá de lo anecdótico, algunas de las cuestiones que hemos resumido recorren estructuralmente el libro que reseñamos.<sup>2</sup> Resulta difícil, probablemente imposible, presentar de forma esquemática a Peter Burke. Definido con razón como alguno de los mejores historiadores de las últimas décadas,<sup>3</sup> Burke parecía predestinado a convertirse en una suerte de gurú de la historia cultural:<sup>4</sup> desde su nacimiento en 1937 en el seno de una familia de recientes inmigrantes, pasando por la mezcla de sus progenitores —padre católico irlandés y madre judía de origen lituano y polaco—, hasta su servicio militar como oficinista blanco en el seno de una unidad típicamente colonial integrada por soldados malayos, chinos e indios. Tras formarse en la Universidad de Oxford, inició su carrera bajo la influencia inicial de unos *Annales* subsumidos entonces en la moda de las *mentalités*, para acabar convergiendo en la historia cultural aunque combinando siempre un persistente gusto por la mezcla de estudios empíricos y trabajos teóricos, como acertadamente apostilla en su

exposición introductoria María José del Río Barredo.<sup>5</sup>

Con estos antecedentes, resulta lógico que Burke derivara hacia los terrenos de la hibridación cultural, sin duda influenciado no sólo por su carácter de historiador con un ascendente mundial sino por el clima globalizador que define nuestra actualidad. Por supuesto, como él mismo reconoce se trata de una tema extraordinariamente amplio, que posee claras dificultades metodológicas y ante el que han levantado algunas prevenciones historiográficas. En realidad, los debates sobre su alcance gozan de antecedentes ilustres con toda una larga serie de epítetos aparentemente similares, diferenciados no obstante por la carga semántica del matiz: *préstamo*, *acomodación*, *sincretismo*, *diálogo*, *negociación*, *intercambio*, *transferencia*, *aculturación*, *apropiación* y, más recientemente, *fusión*, *traducción* o *criollización*. Pero con independencia del uso práctico que queramos dar a cada uno de estos conceptos, lo cierto es que la mezcla late siempre detrás de ellos como idea-fuerza destacada.

Es cierto que la hibridación como herramienta analítica cuenta con limitaciones. En primer lugar, porque tiende a homogeneizar los resultados de relaciones culturales complejas y porque, al mismo tiempo, impone pautas simplificadoras en el análisis de sus protagonistas. Además, se puede dar a niveles cambiantes –locales, regionales o internacionales–, abarcar esferas temporales enormemente amplias y manifestarse en campos tan variados como la política, las relaciones económicas o los planteamientos culturales.<sup>6</sup>

También deberíamos tener en cuenta que el concepto esconde contradicciones provocadas por su propia esencia, contradicciones que al favorecer la pérdida de tradiciones o valores previos llevan a la aparición de reacciones conservadoras y, con ello, al surgimiento de conflictos. De este modo, aplicado a nuestros intereses historiográficos, nos puede llevar hasta visiones demasiado edulcoradas del pasado, excesivamente lastradas por el idealismo, en lugar de sopesar adecuadamente el impacto que la violencia o el conflicto han tenido en el desarrollo de los acontecimientos históricos. Como el propio Burke reconoce, toda hibridación cultural implica una tensión entre fuerzas centrífugas y centrípetas en la que «unas veces ocupa un primer plano una de ellas, otras la otra, pero a largo plazo se mantienen equilibradas».<sup>7</sup>

En suma, la hibridación tiene un carácter múltiple y encubre una tensión permanente entre la imitación de los modelos o la resistencia a los mismos. Por ello, no contemplados adecuadamente, los puntos anteriores pueden conducirnos a estudiar cualquier proceso de intercambio cultural como una suma entre componentes nítidos, cada uno perfectamente diferenciado con respecto a los restantes sumandos, en lugar de considerar por separado la complejidad de los mismos, su porosidad y sus respectivos límites. De ahí que la hibridación cultural sea más un proceso que un estado y que, como tal, se encuentre sometido a graduaciones desiguales lo mismo en sus fases evolutivas que en sus resultados finales. Y es pre-

cisamente su caracterización como proceso lo que hace que inevitablemente evolucione desde un arranque de choque o encuentro entre culturas, hasta una etapa inmediatamente posterior de intensidad –que conlleva procesos paralelos, complementarios o contradictorios, entre asimilación y reacción– y, por último, una fase de estabilización que, a la postre, origina una nueva oleada de hibridaciones. Se trata, por lo tanto, de un camino en permanente construcción, sin una culminación final y que comporta variaciones prácticamente universales.

Sea como fuere, el resultado de la hibridación dependerá en última instancia de las características innatas a las culturas emisoras y receptoras. Más en concreto, aunque la hibridación ha contado históricamente con ciertos trampolines –puertos, metrópolis, fronteras, etc.– es evidente que sus efectos han experimentado una aceleración considerable a lo largo de los últimos años como consecuencia de la llamada globalización. Si bien algunos identifican esta mundialización de los contactos con la «macdonalización» o con la «cocalización» o, si se prefiere, con la transmisión al resto del mundo de un modelo cultural norteamericano, las cosas no suelen ser tan sencillas. De hecho, como ya hemos comentado el contacto provoca inevitablemente intercambios y estos, a su vez, generan dialécticas divergentes que pueden traducirse en consecuencias positivas o negativas, según el caso concreto.

Por ello, entre los diversos escenarios factibles encontramos dinámicas de *aceptación inmediata* de las nue-

vas culturas, generalmente vinculadas a modas importadas del exterior y, como consecuencia, no siempre asumidas de forma homogénea o exentas de reacciones encontradas. Por aplicar el mismo modelo cuzqueño al que nos referíamos al principio, en su Plaza de Armas conviven un *MacDonalds* con su imitador peruano, mientras que en cualquier local del país la *Inka Cola* compite con la *Coca Cola*, circunstancia que denota tanto hibridación como una cierta dosis de resistencia cultural no exenta de nacionalismo banal.

Pero imitar el *american way of life* a través de la ingestión de un *Big Mac*, por ecuménico que sea este menú, no conlleva necesariamente la hibridación: a nivel general, la mayoría de los peruanos coincidiría en su percepción de *MacDonalds* como una marca no asequible cotidianamente para sus ingresos, todo lo contrario de lo que ocurre en las sociedades occidentales de Europa o Norteamérica, donde el gigante alimenticio epitomiza el concepto de «comida basura» y barata.

Por extensión, la *resistencia* también es una estrategia recurrente en todo proceso de hibridación cultural, incluidas sus formas más extremas de segregacionismo o xenofobia. De hecho, es precisamente el carácter homogeneizador de la globalización actual lo que genera reacciones contrarias procedentes de culturas locales y tradicionales que se autoperiben amenazadas.<sup>8</sup> Sin embargo, y al igual que en los casos de aceptación, también aquí nos encontramos variaciones impuestas por los condicionantes estructurales y coyunturales,

las aspiraciones de las clases o sectores sociales implicados en el proceso, los cambios generacionales y, por supuesto, las estrategias de poder de los grupos dirigentes, entre otras muchas cosas.

En tercer lugar, la aceptación no está exenta, desde luego, de diversos grados de *adaptación* puesto que, en última instancia, depende del préstamo consciente o inconsciente –y selectivo– de los elementos culturales. Pero la adaptación hace que el objeto o la práctica culturales sean descontextualizados para ser seguidamente recontextualizados y, por ende, modificados en mayor o menor grado hasta facilitar su inclusión en las nuevas tramas culturales.

Por último, no podemos obviar que los receptores asimilan una propuesta cultural dada en razón de los esquemas mentales que ya les son conocidos, dependiendo este proceso de *traducción*, a su vez, del papel de los grupos e individuos emisores y/o receptores.<sup>9</sup> Por ejemplo, el *spaghetti-western* europeo imitó en los años sesenta y setenta algunos de los clichés más característicos del género norteamericano, pero añadiendo aportaciones de la propia tradición cinematográfica europea u oriental. A su vez, el western norteamericano salió de la crisis ocasionada por el agotamiento de su modelo clásico mediante la incorporación de elementos desarrollados previamente en Europa. De esta forma, es imposible entender a Sergio Leone sin el western clásico, o sin Akira Kurosawa, pero también son incomprensibles Don Siegel, Clint Eastwood o,

más recientemente, los hermanos Coen sin el giro que tomó el género gracias a la imitación europea.<sup>10</sup>

Finalmente, en cuanto a los resultados generados por esta hibridación, Burke decide abandonar momentáneamente su faceta profesional de historiador en favor de su condición de ciudadano preocupado por el proceso globalizador. Sin caer en reduccionismos presentistas, se propone buscar en el pasado modelos susceptibles de ser aplicados al desarrollo actual de una sociedad marcada por la tendencia a la homogeneización cultural favorecida, a su vez, por las innovaciones tecnológicas, la velocidad de los nuevos sistemas de transporte, el comercio intercontinental y el trascendental auge de Internet. Pero siempre teniendo en cuenta que, como demuestran anteriores momentos históricos, la existencia de culturas compartidas es perfectamente compatible con la pervivencia de culturas locales, más o menos autónomas y más o menos mestizas e hibridadas.<sup>11</sup> Por ello es muy probable que, al menos a corto o medio plazo, todos participemos de una cierta «disglosia cultural» y bebamos de una diversidad de culturas aprehendidas a través de lo que el antropólogo sueco Ulf Hannerz llamaba «conexiones transnacionales».<sup>12</sup>

En definitiva, a pesar del creciente auge de los fundamentalismos de todo tipo es difícil no coincidir con algunas de las conclusiones de Burke, en particular su confianza en los efectos positivos de la hibridación. Por mucho que su incidencia sobre las culturas tradicionales nos produzca confusión, es muy probable que el futuro orden

del planeta esté definido por la «creo-  
lización del mundo».

Raúl Alberto MAYORAL TRIGO  
*Universidad de Zaragoza*

### Notas

- <sup>1</sup> Con el concepto de «viaje imposible», el antropólogo francés Marc Augé se refiere a la búsqueda, por parte de los turistas que visitan países y escenarios lejanos a su cotidianidad, de lugares soñados e idealizados. Véase Marc Augé, *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- <sup>2</sup> Peter Burke, *Hibridismo cultural*, Madrid, Akal, 2010. Estudio introductorio de María José del Río Barredo.
- <sup>3</sup> La cita entrecomillada procede del artículo que le dedicó en su blog el historiador español Analet Pons (<http://clionauta.wordpress.com/2009/05/29/peter-burke-esbozo-de-autobiografia/>), lugar en el que también se resume el esbozo de autobiografía que el mismo Burke escribió para la revista *Rethinking History* (13/2, junio 2009, pp. 269-281). Siguiendo con las aportaciones en internet, estrechamente vinculadas además al objeto de esta reseña, puede consultarse la página <http://sobrepeterburke.blogspot.com/>, exclusivamente orientada al análisis de su obra.
- <sup>4</sup> Para los orígenes, la evolución y las variantes características de la historia cultural resulta imprescindible la consulta de Justo Serna; Analet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005, y del propio Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, Madrid, Paidós, 2006. También puede usarse como primera introducción al tema Anna Green, *Cultural History (Theory and History)*, Palgrave Macmillan, 2008.
- <sup>5</sup> Además de los enlaces nombrados en las citas anteriores, pueden encontrarse alguna aportaciones biográficas sobre Peter Burke en María Lúcia G. Pallares-Burke, *La Nueva Historia. Nueve entrevistas*. Valencia, PUV, 2005, pp. 153-192. Acerca de la evolución de su obra y de la combinación entre vertientes empírica y teórica, resulta útil el mencionado trabajo introductorio de María José del Río Barredo en Peter Burke, *Hibridismo cultural*, op. cit., pp. 5- 57.
- <sup>6</sup> Para procesos de hibridación de este tipo y, en particular, para valorar el peso de los intercambios en la aparición del mundo contemporáneo, resulta indispensable el magnífico estudio de C.A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914*. Madrid, Siglo XXI, 2010.
- <sup>7</sup> Peter Burke. *Hibridismo cultural*, op. cit., p. 104.
- <sup>8</sup> Evidentemente, Burke no entra en su texto a valorar los efectos positivos o negativos de la globalización en planos no culturales ni, por supuesto, se refiere a las fuerzas o grupos que actúan a favor o en contra de dicho proceso.
- <sup>9</sup> El propio Peter Burke se ocupó de algunas de estas cuestiones en Peter Burke; R. Po-Chia (eds.), *La traducción cultural en la Europa moderna*, Madrid, Akal, 2010.
- <sup>10</sup> Para conocer la evolución de Sergio Leone en particular, padre espiritual del *spaguetti-western*, remitimos a la biografía de Christopher Frayling. *Sergio Leone, Algo que ver con la muerte*, Madrid, T&B Editores, 2002.
- <sup>11</sup> No es extraño que haya sido en el ámbito hispanoamericano donde algunos de estos términos, especialmente el de mestizaje, han gozado de una mayor popularidad entre los teóricos culturales. Al respecto, puede verse una aproximación a estos temas en Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*, Barcelona, Paidós, 2007. Y del mismo autor, pero para comprobar las dinámicas de mundialización en la Edad Moderna, resulta indispensable la lectura de *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- <sup>12</sup> Ulf Hannerz, *Conexiones transnacionales. Cultura, gentes, lugares*, Madrid, Cátedra, 1998.

## De mercados, crecimiento económico y Estados en la Edad Moderna

Stephan R. Epstein, *Libertad y crecimiento. El desarrollo de los estados y de los mercados en Europa, 1300-1750*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009. Traducción de Salustiano Moreta y José Ramón Gutiérrez. 275 pp.

Seamos sinceros. La traducción al castellano de cualquier obra suele ser entendida por la historiografía española como una buena nueva. La labor que han venido realizando diversas iniciativas editoriales –pensamos en la revista *Historia Social* o la casa encargada de este libro– ha permitido cierto encuentro del medio académico español interesado con parte de la historiografía internacional. Ciertamente, con esta afirmación se pretende explicitar el secular malestar existente, que no debate propiamente dicho, sobre las habilidades idiomáticas del gremio y su celo historiográfico predominantemente localista, así como sus consecuencias, las cuales no entraremos aquí a valorar. No obstante, no vamos a negar en estas líneas la más que validez de este tipo de empresas, iniciativas de las que nos beneficiamos sin disimulo y que permiten economizar las horas de trabajo. En este sentido, no cabe más que resaltar la sensibilidad de PUV a la hora de editar en castellano la presente obra de Stephan S. «Larry» Epstein (1960-

2007), publicada originariamente en inglés en 2000.<sup>1</sup>

Pero también seamos críticos, o simplemente señalemos algunas olvidadas. El empleo de una obra traducida implica siempre la existencia de una confianza por parte del lector en cuanto a la correspondencia entre una y otra versión del texto. Confianza que a su vez viene apuntada, posiblemente, por el credo academicista que alimenta la expectativa de encontrar un buen trabajo realizado por el mediador entre las formas del texto. Así pues, si antes era de alabar la decisión de acercar al público castellano-lector a la obra de Epstein, ahora no cabe más que preguntarse por los costes de esta traducción para el consumidor porque, efectivamente, nos encontramos aquí con un texto que en repetidas veces se aleja del original tanto en forma como, sobre todo, en contenido.

Más allá de cuestiones de estilo y redacción, y sin querer aquí negar el mérito de los traductores ante una tarea que seguramente no se presentó fácil, llama la atención los numerosos descuidos que salpican todo el libro (de los gramaticales y ortográficos no nos haremos eco). Si bien pudieran parecer menores a simple vista, o al menos aquellos de los que nos hemos percatado, creemos que son intolerables, especialmente porque afectan de manera notable a los argumentos desplegados en los capítulos. Por ejemplo, en página 44 se define a la Ginebra del XVI como un poder «formalmente independiente pero que en la práctica se encontraba bajo la tutela de España y actuaba como la cen-



tral principal de las finanzas del Imperio». Nada más lejos de la realidad, tanto histórica como respecto al texto original, donde se habla del papel de la república de Génova –y no de la ciudad suiza– respecto al imperio de los Austrias madrileños, que no en cuanto al Sacro Imperio Romano Germánico, tal y como también se podría entender.<sup>2</sup> Algo más tarde, en página 84, se dice «Estos procesos [...] muestran unas similitudes sorprendentes con la “revolución industrial” del siglo XVII». Afirmación audaz, más aún cuando Epstein escribe «industrious» y remite a un texto de J. De Vries en nota a pie de página en el que se presentan por oposición los términos «industrious revolution» e «industrial revolution».<sup>3</sup> Llama la atención tamaño despiste. Especialmente porque, primero, el término no es ajeno en este tipo de literatura preocupada por fenómenos económicos y, segundo, debido al vigor que ha tomado en las discusiones académicas dicha expresión desde 2008 de la mano de la monografía de De Vries al respecto, traducida al castellano –¡además!– como «La revolución industrial» en 2009.<sup>4</sup> Para cerrar el elenco, presentado exclusivamente con carácter ilustrativo, y dejar paso a lo que debería ser el protagonista de estas líneas –la contribución de Epstein–, señalaremos nada más el empleo que se hace del término «proindustrialización» en página 93, entrecomillado. Elección que vuelve a atraer nuestra atención por tratarse de «protoindustrialización», en tanto a la versión original y tal y como se empleó apenas seis líneas más arriba en la edición en castellano.<sup>5</sup> Además

de estos errores, discrepamos en varias de las elecciones hechas a la hora de llevar a cabo la traducción de un idioma a otro.

Así las cosas, el libro se inicia con una acertada introducción al autor y su obra por el catedrático de historia medieval de la Universitat de València Antoni Furiò. La obra se articula en seis diferentes ensayos más la obligada introducción y conclusiones –capítulos uno y ocho–, aderezado todo ello con un abultado pero útil aparato de gráficos y tablas más el siempre bienvenido índice onomástico. Las páginas de la introducción presentan el motivo de la investigación, disecionan los capítulos y contextualizan la aportación del autor en el ámbito historiográfico, lo cual permite poner de relieve los límites y alcances de la propuesta del libro.

Atrevida y ambiciosa, la obra aborda la cuestión del crecimiento económico premoderno europeo entre 1350-1550, periodo que se ha entendido tradicionalmente como momento clave en la vida económica europea para el establecimiento de los mimbres que permitirían el posterior despegue industrial. Epstein se pregunta por los factores que alimentaron dicho crecimiento, analizando la creación de mercados y las consecuencias de su integración desde una mirada institucional donde el papel de los poderes políticos resulta clave en tanto que facilitadores de los intercambios económicos. Esta elección le permite a su vez poner en relación el estudio de éstos con la cacareada transición del feudalismo al capitalismo. Sin embargo, la obra se concibe por el autor

como una aportación más empírica que especulativa sobre el proceso y las dinámicas que estudia, para lo cual dialoga con las principales líneas de investigación al respecto desde la década de 1970, aquellas encarnadas por la obra de F. Mendels, I. Wallersstein, R. Brenner y D.C. North.<sup>6</sup>

Como laboratorio de pruebas, Epstein se decanta por el contexto italiano. Por un lado, debido a la variedad de poderes políticos en la península y la diversidad de soluciones institucionales en la organización de la vida económica, y por otro, en tanto a la estrecha coincidencia que se daba entre fronteras políticas y economías regionales que permite entrever mejor los alcances de la intervención política. Ello le permite poner en marcha una vocación comparatista que se plasma a lo largo de las páginas del libro y que resulta uno de los elementos más destacables de su aportación.

El capítulo dos –«Libertad, libertades y crecimiento»– se presenta como excepción cronológica frente al resto de apartados. En él se discuten las teorías liberales por las que se ha terminado por entender el modelo constitucional inglés posterior a la Revolución Gloriosa de 1688 y después el norteamericano, como modelos de estado óptimos –implícitamente entendidos como «democráticos»– para el desarrollo económico frente a las esclerotizadas monarquías continentales –pretendidamente «absolutistas». Para demostrar la inexistencia de una causalidad directa entre modelo de estado y desarrollo económico, Epstein se lanza a un análisis comparativo a escala europea entre modelos

monárquicos, republicanos y constitucionales en relación a los tipos de interés de la deuda gubernamental. La principal contribución aquí entendemos que es metodológica, puesto que se introduce la problemática de la fragmentación jurisdiccional –«libertades» frente a «libertad»– como una de las claves para entender las limitaciones de la soberanía de los estados y, en consecuencia, el estudio del desarrollo institucional y la economía en los periodos medieval y moderno. A partir de este capítulo se retorna a la cronología que rige el libro.

El tercer capítulo –«La crisis bajomedieval como “crisis de integración”»– ofrece un modelo de conjunto alternativo de economía feudal posterior a la Peste Negra –momento siempre entendido como de «destrucción creativa»–, extensible al periodo moderno y de corte mucho más optimista sobre las posibilidades de las sociedades europeas bajomedievales que las teorías Ricardo-malthusianas, el debate Brenner y los modelos de crecimiento basados en el comercio a larga distancia. Así las cosas, el principal obstáculo al crecimiento de la economía habría sido el coste del comercio, ámbito en el que de nuevo las políticas de los poderes locales y regionales resultan clave en tanto al modo en el que determinan las estructuras de los mercados. Por lo tanto, la crisis bajomedieval se entiende más que como una crisis de tipo agrario, definida por el supuesto sobre el techo tecnológico y el impacto del factor demográfico, como una «crisis de distribución “institucionalmente” inducida» (p. 80). A su vez, la propuesta de este capítulo

resulta el marco privilegiado donde se insertan las discusiones que se plantean en los capítulos posteriores y tal y como ocurre en el siguiente. «Estados y ferias» plantea, también en escala europea y de corte comparatista, la proliferación de ferias locales y regionales como una respuesta de los poderes políticos estatales de cara a la dotación de estructuras comerciales adecuadas a la complejidad creciente en y de los circuitos de intercambio europeos tras la Peste Negra, pero sobre todo como una herramienta política empleada frente a los poderes señoriales y urbanos. Y ello a pesar del desdén tradicional con el que se ha tratado esta cuestión, normalmente entendida como respuesta vinculada a los efectos demográficos en el mercado. Para explicar el porqué de las diferentes intensidades en la aparición de este tipo de ferias y en relación también al caso inglés –excepcional de nuevo–, Epstein mira hacia las relaciones de poder entre estado y ciudades y villas, poco interesadas éstas en perder sus monopolios y privilegios –«libertades»– frente a la promoción de competidores por parte del primero.

El quinto apartado –«Las ciudades y el desarrollo de los estados territoriales italianos»– analiza los procesos de divergencia y convergencia regional en Italia a partir de 1350, pero sin perder de vista el periodo anterior y concentrándose en el papel de las ciudades en relación a las economías regionales y respecto a los procesos de formación estatal de la península. De forma más concreta, para el estudio práctico de las relaciones entre ins-

tituciones políticas y mercantiles en dicho marco, se opta por un análisis comparado entre las regiones de Sicilia, Toscana y Lombardía. Las diferencias entre estos tres casos de estudio, si bien presentados hasta cierto punto como modélicos, permite que las conclusiones respecto al comportamiento político y económico de los centros urbanos sea aplicable a otros geográficos e históricos. Los mismos escenarios históricos van a ser empleados en el sexto capítulo –«Los orígenes de la protoindustria, c.1300-c.1550»– donde se discute, frente a las teorías clásicas, las causas del crecimiento de las manufacturas textiles en el ámbito semi-urbano y rural y su difusión en los mercados regionales y suprarregionales. En la misma línea que los capítulos anteriores, el análisis gira en torno a las relaciones políticas y de poder entre gremios y corporaciones –bien rurales, semi-urbanas o urbanas–, ciudades y estados territoriales y sus consecuencias para la manufactura textil, sin dejar de atender las formas organizativas de la actividad en sí y las formas de competencia tecnológica. Cabe resaltar, además, el empleo intensivo y extensivo de las fuentes que permiten articular la propuesta comparada del autor.

En el capítulo siete –«Mercados y estados, c.1300-c.1550»–, mediante el estudio del sistema aduanero florentino y sus peajes internos en la región, las franquicias y libertades económicas y su empleo político en Toscana y Lombardía y, finalmente, la regulación del mercado cerealista en relación al abastecimiento urbano en Inglaterra y Sicilia y más concretamente

entre Toscana y Lombardía otra vez, Epstein plantea hasta qué punto la arquitectura institucional determinó la integración del mercado. En este sentido, se pretende superar la oposición que se ha realizado tradicionalmente entre los conceptos de «región económica» y «región institucional». Como colofón, en el apartado ocho se presentan una serie de conclusiones generales sobre las cuestiones tratadas a lo largo de las páginas y se inserta, ahora sí, claramente la propuesta de Epstein en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo.

A pesar de la fuerte capacidad imaginativa de la propuesta de Epstein, encontramos aspectos debatibles en su discurso. El que más nos llama la atención es la falta de una definición clara del concepto de estado que se maneja en el texto, algo que es fundamental en tanto al planteamiento. Lo mismo ocurre con la caracterización de otros elementos como «ciudad» o «núcleo semi-urbano». En la misma línea podríamos decir que no se contempla la posibilidad de la existencia de actores que puedan formar parte simultánea de los diferentes espacios de poder y/o jurisdiccionales que entran en juego en las relaciones a estudiar, y que pudieran determinar en un modo u otro los resultados finales de las mismas. Por ejemplo, podríamos pensar en el caso de un patricio urbano miembro de la elite del «estado territorial» con intereses en la producción textil «semi-urbana». Estas cuestiones remiten directamente al posicionamiento del autor respecto al proceso de formación estatal, debate en el que texto no se termina por in-

tegrar de un modo frontal a nuestro parecer.

Bajo nuestro punto de vista, la contribución de Epstein permite, sobre todo, repensar las economías medievales y modernas de una manera más compleja en su conjunto, siendo a nuestro parecer el énfasis puesto sobre la cuestión jurisdiccional y la problemática de las libertades el principal mérito de este libro. A pesar de que es bien sabido que las sociedades del Antiguo Régimen definían el estatus del individuo en función a los privilegios disfrutados en tanto que la soberanía estaba fragmentada y constantemente puesta en cuestión, es cierto que los análisis económicos o bien han pasado por alto esta cuestión o no le han prestado la atención debida. En definitiva, pero no solo por lo anterior, se trata de una obra más que meritoria, de aquellas que brindan al lector una historia-problema reflexiva que permite proyectarse más allá de los límites de la especialidad.

Alejandro GARCÍA MONTÓN  
*European University Institute*

#### Notas

- <sup>1</sup> Stephan R. Epstein, *Freedom and Growth. The rise of states and markets in Europe, 1300-1750*, London, Routledge, 2000.
- <sup>2</sup> Véase *ibidem*, p. 24. Al hilo de lo señalado, apuntamos también otros ejemplos de traducción de estilo libre en algunos nombres propios. Así ocurre en la página 86, nota 62, con la equivalencia entre «Santo Imperio Romano» y «Holy Roman Empire» para los traductores. *Ibidem*, p. 59, n. 62.

- <sup>3</sup> *Ibidem*, p. 57. Epstein remite, concretamente, a Jan De Vries, «The industrial revolution and the industrious revolution», *Journal of Economic History*, 54/2 (1994), pp. 249-270.
- <sup>4</sup> Jan De Vries, *The Industrious Revolution. Consumer Behavior and the Household Economy, 1650 to the Present*, New York, Cambridge University Press, 2008. La versión española ha sido editada como *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009. La traducción ha corrido, aparentemente, a cargo de la editorial.
- <sup>5</sup> Stephan R. Epstein, *Freedom and Growth...*, *op. cit.*, p. 64.
- <sup>6</sup> Franklin F. Mendels, «Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process?», *Journal of Economic History*, 32 (1972), pp. 242-262; Immanuel M. Wallerstein, *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the World-Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press, 1974; Robert Brenner, «Agrarian class structure and economic development in preindustrial Europe», *Past & Present*, 70 (1976), pp. 30-75; Douglass C. North, *Structure and Change in Economic History*, New York, Norton, 1981.

marco de referencia en su trabajo. Queda fuera de toda duda la importancia que tuvo el hispanismo como puente entre ambos espacios intelectuales y, sobre todo, como elemento que contribuyó indefectiblemente a la normalización historiográfica española tras la ruptura provocada por el franquismo. Superadas estas dificultades iniciales y consolidada como una de las más potentes historiografías europeas, su relación con la comunidad francesa ha evolucionado hacia una relación de sincera cooperación como prueba el libro que aquí se reseña. Siguiendo el espíritu de colaboración de publicaciones como las de la Casa Velázquez, en esta obra comparten espacio especialistas de ambos lados de los Pirineos para abordar el análisis de las culturas políticas del siglo XIX español. De hecho, este ámbito de reflexión resulta paradigmático de dicha evolución ya que, desarrollado por la nueva historia política francesa, ha tenido una muy buena acogida en España hasta el punto de adquirir una dinámica propia con estudios como los de Ismael Saz, Jordi Canal, Román Miguel o Javier de Diego Romero.

Coordinado por Julien Lanes y Maitane Ostolaza, este libro recoge las ocho intervenciones presentadas en la Jornada de Estudios que, bajo el título de *Les cultures politiques dans l'Espagne du XIXe siècle*, se celebró en el Colegio de España de París el 13 de junio de 2008. Tras una breve introducción teórica de los editores, el libro se abre con un artículo de Pedro Rújula sobre la guerra como elemento de aprendizaje político. En la línea de estudios como los de Clément Thi-

## Culturas políticas/ cultures politiques en la España del XIX

Julien Lanes Marsall y Maitane Ostolaza (eds.), *Las culturas políticas en la España del siglo XIX*, Paris, Editions Hispaniques, 2010.

Para los historiadores españoles, el universo historiográfico francés ha constituido y constituye un feraz

baud sobre el ejército bolivariano y combinando diversas escalas de análisis que llegan hasta lo biográfico, este autor estudia la politización contrarrevolucionaria desde la Guerra de la Independencia hasta el comienzo de la Primera Guerra Carlista.

Le sigue un estudio de Marie-Angele Orbon que se acerca a la cuestión del culto a los mártires de la libertad en la cultura política liberal a través de los homenajes a las víctimas del 2 de mayo. Para ello, elabora una genealogía de esta veta liberal, dolorista y martiroológica, desde el catolicismo y el modelo de la Revolución francesa. A pesar de lo interesante de la aproximación, cabría destacar que el hecho de que fuera un culto cívico al margen de espacios religiosos no implicaba necesariamente la pertenencia a una cultura política secularizada máxime si comprendemos la fuerte impronta católica que tuvo el primer liberalismo español. Además, este estudio podría haberse nutrido de las interesantes reflexiones sobre el recuerdo de los caídos durante los diferentes conflictos del siglo XX.<sup>1</sup>

Volviendo al terreno de la experiencia bélica, Laetitia Blanchard nos ofrece un análisis de las memorias de los militares legitimistas francesas que participaron en la Primera Guerra Carlista para observar cómo se configuró una comunidad de juicios y valores que identificaban las causas de ambos lados de los Pirineos. Siguiendo en este mismo terreno contrarrevolucionario, Maitane Ostolaza profundiza en la politización rural a través de una fuente muy poco manejada como los

*Bertso paperak*, unos versos populares que se publicaban en hojas sueltas y se transmitían oralmente. A través de varias compilaciones, la autora se acerca a los elementos centrales de la movilización carlista: visión paternal del rey, catolicismo, héroes como Cabrera o Zumalacárregui, la guerra, el fuerismo y la visión extranjerizante del enemigo liberal.

Los siguientes tres artículos abordan la cuestión de la cultura política republicana, uno de los campos de estudio que junto con el del carlismo más ha renovado la historia política decimonónica en España. Rafael Serrano realiza un balance historiográfico sobre las recientes aproximaciones al republicanismo y sobre si se puede englobar en una o varias culturas políticas. Partiendo de un período que considera clave como el Sexenio Democrático, el artículo profundiza en la pluralidad de repertorios de movilización, órganos de propaganda y espacios de sociabilidad del republicanismo español.

Dentro de este mismo ámbito de estudio, Julien Lanes Marsall parte del análisis del periódico *Gil Blas* para subrayar la importancia que los diarios satíricos tuvieron en la propagación de una cultura política republicana. Para ello, realiza un análisis de las formas de difusión de la prensa subrayando la importancia de la oralidad de un texto que era recitado, memorizado, comentado e incluso cantado. Por su parte, Pere Gabriel profundiza con su artículo en la dimensión federalista de una parte de republicanismo español. Tras realizar una completa genealogía del concepto, localiza tres corrientes

de pensamiento federalista que enfatizan los aspectos económicos, sociales y universalistas.

Por último, estaría el texto de Stéphanie Demange, que acompañado de una serie de ilustraciones y partiendo de la paradoja de una academia conservadora que institucionaliza premiando cuadros de temática social, nos ofrece un análisis de la pintura lacrimosa en la España de la Restauración. Esta aparente contradicción se resuelve con una pintura vaciada de contenido crítico que quiere legitimar el orden social a través de una paternalismo burgués y eclesiástico imbuido del espíritu de la *Rerum novarum*.

La virtud de coloquios como éste es que nos ofrecen diferentes panorámicas de un siglo tan apasionante como el XIX español. Así, encontramos aproximaciones a nuevos corpus de fuentes que van desde la prensa a los versos pasando por monumentos y cuadros. También encontramos nuevos enfoques a cuestiones capitales como la politización de la sociedad. En este sentido, destacarían los artículos de Maitane Ostolaza, por centrarse en el escurridizo ámbito rural a través de los poemas de aquellos rapsodas vascos; de Julien Lanes, por acercarse al complejo estudio de la oralidad de la cultura impresa; y de Pedro Rújula, por su revalorización de la experiencia bélica como factor de aprendizaje de la política.

Este último estudio compartiría con el de Pere Gabriel la ventaja de ofrecernos una valiente panorámica realizada desde la larga duración. Desde esta dimensión temporal, resul-

ta más fácil captar la sutileza de los procesos de politización y las variaciones semánticas de conceptos tan escurridizos como el federalismo. Por último, siempre es de agradecer trabajos de Rafael Serrano y Pere Gabriel por su carácter de síntesis y de balance historiográfico sobre las diferentes aproximaciones al republicanismo español así como el de Maitane Ostolaza por su introducción a los debates en torno al carlismo.

En este tipo de congresos resulta prácticamente imposible dar cuenta de todos los enfoques posibles, máxime para un tema tan complejo como el de las culturas políticas decimonónicas. Sin embargo, no puedo dejar de constatar que, a excepción de una parte de la reflexión de Pedro Rújula, el libro adolece de un análisis de la evolución de las diversas culturas políticas del Antiguo Régimen, especialmente aquella ilustrada cuya fragmentación nutrió a una gran parte del espectro político.<sup>2</sup> En este sentido, también falta algún trabajo acerca de los afrancesados y, sobre todo, su incidencia en los moderados isabelinos. Precisamente, este ámbito de la cultura política liberal es quizás uno de los más descuidados en el libro sobre todo si tenemos en cuenta las interesantes aportaciones realizadas por Isabel Burdiel, Irene Castells o María Cruz Romeo. Asimismo, creo que habría que incidir más en la importancia del catolicismo dentro del primer liberalismo español y en el progresivo abandono por una parte del mismo de la defensa de la confesionalidad hasta alcanzar posturas laicas, dejando la religión en manos de los sectores más

intransigentes que llevaban ya unos años agitando las banderas ultramontanas. En cualquier caso, todas estas ausencias no son óbice para destacar la importancia de un libro que da cuenta de la madurez de los estudios sobre las diversas culturas políticas en la España del siglo XIX.

Javier Ramón SOLANS  
*Universidad de Zaragoza*

### Notas

- <sup>1</sup> Resulta fuera del objeto de esta reseña dar cuenta de la ingente bibliografía que existe sobre estos temas tanto a nivel europeo, con especial incidencia en los homenajes franceses tras la Primera Guerra Mundial, como a nivel nacional con las recientes aproximaciones a la cuestión del culto a los caídos, especialmente por parte del bando franquista una vez acabada la Guerra Civil.
- <sup>2</sup> Entre otros ejemplos, podríamos mencionar la importancia que tuvieron las diversas corrientes de pensamiento a finales del siglo XVIII en la configuración del constitucionalismo español. Ver José María Portillo Valdés, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

## Desde España y hacia Dios. Biografías políticas (1914-1945)

Alejandro Quiroga Hernández de Soto y Miguel Ángel del Arco Blanco (Eds.), *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Editorial Comares, 2010, 428 pp.

Dentro del renovado interés de los historiadores políticos, o más concretamente de los dedicados a la *Nueva Historia Política*, por la biografía histórica, se inscribe esta obra colectiva, francamente necesaria en el panorama historiográfico español, al reunir en un mismo volumen las biografías de una serie de personajes de sobra conocidos como los generales Franco y Primo de Rivera, políticos como Maura o Gil Robles, entre otros, con personajes de segunda fila como los religiosos Martín de Arrizubieta y Juan Tusquets, por destacar a dos de los secundarios, quizá más desconocidos y fascinantes. Ha sido esta labor de dos jóvenes historiadores Alejandro Quiroga y Miguel Ángel del Arco, que han coordinado esta obra elaborada por los mejores especialistas –Paul Preston, Eduardo González Calleja, Enrique Moradiellos, Ángela Cenarro, etc.– con otros historiadores noveles, presente y futuro de la Historia Contemporánea en España, subsanando una de las carencias más marcadas de nuestro mercado editorial. A saber, la ausencia de un libro



que estudiase las derechas españolas a través de unas biografías selectas y representativas. Tarea que ya hace algunos años comenzaron para el universo político liberal y republicano del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, autores como Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel, *Liberales, agitadores y conspiradores* (2000), *Liberales eminentes* (2008). Y Javier Moreno Luzón, *Progresistas* (2006).

En este orden de cosas, el logro de este libro radica también en ubicar las biografías dentro del conflictivo periodo de la Europa de entreguerras (1914-1945), y lo que es más, ubicándolas dentro de la estrecha relación que tuvieron entre Religión y Patria, línea común en la que se puede observar y situar a los biografiados, como netamente representantes de la pronta derivación nacionalcatólica y autoritaria de las derechas españolas, y ya antes de los conflictivos años treinta del siglo pasado, producto de unas dinámicas en las que se unieron tradición y modernidad, en clara consonancia con lo que las teorías de la Religión Política vienen mostrando desde mediados de los años noventa, principalmente, y gracias a los trabajos de Emilio Gentile, Renato Moro o Michael Burleigh, entre otros muchos, en la revista *Totalitarian Movements and Political Religions*.

Es por esto, que la línea argumental básica que sirve de hilo conductor a todas las biografías, es la intrínseca unión entre la idea de Nación española y sus vinculaciones con la religión católica –salvo excepciones como Cambó, Tusquets y Arrizubieta que se comentarán en su momento– así

como la estrecha relación de los personajes en su evolución –no siempre lineal– con las nuevas teorías de la derecha en el resto de Europa, siendo los casos del doctor Vallejo Nágera y Gil Robles, paradigmáticos de lo que aquí se suscribe. Analicemos someramente los hilos argumentales de la ideología política de todos y cada uno de los biografiados.

En primer lugar, y elaborada por Francisco Romero Salvadó de la Universidad de Bristol, nos encontramos con la biografía de Antonio Maura, «el intento más claro de revolucionar la derecha española» (p. 28). Sin duda, un político conservador y católico, pero difícilmente clasificable en este periodo, debido a su muerte en 1925, y a su inhibición en dar un «paso real» hacia la construcción de una alternativa conservadora «de masas» dentro de la Crisis de la Restauración. Posterior, es la biografía de Miguel Primo de Rivera, elaborada por Alejandro Quiroga de la Universidad de Newcastle, y que tras desmontar uno a uno los mitos hagiográficos construidos en torno al primer dictador español del siglo XX, tiene el acierto de –en consonancia con su obra– resituar al personaje y a su régimen como clave en la construcción del nacionalcatolicismo en España ya en los años veinte. En esta primera época, situaríamos también a Víctor Pradera, estudiado por Ander Delgado de la UPV, «referente teórico de la derecha española de entreguerras desde el tradicionalismo» (p. 64). Ramiro de Maeztu, con una síntesis de su mejor biógrafo, Pedro Carlos González Cuevas de la UNED, en que destaca su evolución hacia el

tradicionalismo, y su contribución con el mito de la *Hispanidad* y su participación en *Acción Española* a la conformación de la derecha monárquica de los años treinta. Finalmente, incluiríamos aquí a Francesc Cambó, estudiado por Ucelay Da Cal de la Pompeu Fabra, y máximo ejemplo del *gentleman* hecho a sí mismo, difícilmente clasificable en este libro, por su catalanismo, su intento de regenerar el sistema de la Restauración, o su oposición a Primo de Rivera y controvertida relación con Franco.

En un segundo grupo de católicos fascistizados por la Guerra Civil, reuniría las siguientes biografías comenzando por la del General Franco, biografiado por Enrique Moradiellos de la Universidad de Extremadura, quien viene a confirmar las conclusiones de la biografía canónica del personaje, Paul Preston, *Franco* (1993). Vencedor de una cruenta guerra civil, dictador durante cuarenta años, en él podemos comprobar la evolución de su pensamiento desde su apoyo a Primo de Rivera, a la CEDA en los años treinta, y a su progresiva fascistización, aunque más en la forma que en el fondo de su pensamiento católico y tradicional, típico de los militares españoles de su tiempo. Otro caso a destacar es el de José María Gil Robles –trabajado por Eduardo González Calleja del CSIC– católico afín al PSP, la UP, pasando desde la CEDA ya en los años treinta a jugar la carta *accidentalista*, vino a sufrir también un proceso de fascistización –también más en las formas que en el fondo– por la presión de sus bases, en especial de las juventudes. Siendo marginado por

Franco por miedo a convertirse en su rival, y pasando a liderar en el exilio la opción monárquica de Don Juan, sin pena ni gloria. En esta línea argumentativa podemos situar también a Juan Antonio Suanzes –trabajado por Miguel Ángel del Arco de la Universidad de Granada– militar católico que apoyó también a Primo de Rivera y a la CEDA, y que la llegada de la Guerra Civil condujo a su radicalización (p. 234), convirtiéndose en un fiel servidor de la Dictadura franquista a través de su labor en el INI. Similar papel tuvo Carlos Ruiz del Castillo –estudiado por Sebastián Marín de la Universidad de Huelva– en una evolución política similar que puso el derecho público al servicio del orden nuevo de Franco. Y, desde la psicología, encontramos el caso del doctor Vallejo Nágera –trabajado por Michael Richards, experto en la represión franquista– que partiendo del catolicismo tradicional puso su disciplina al servicio de la «causa», convirtiéndose en un filonazi (p. 180) y en un máximo ejemplo de la cultura de la represión y las teorías de la «higiene racial» en la negra España de los años cuarenta. Finalmente, la única mujer aquí biografiada, Carmen de Icaza –de Ángela Cenarro de la Universidad de Zaragoza– partió también del catolicismo, para acabar situándose como abanderada del fascismo español, en este caso de Auxilio Social, al servicio de la «Nueva España».

Finalmente, he querido reunir en un tercer grupo, las biografías de los religiosos, por ser de especial importancia para las ideas que subyacen en esta obra. Así, Monseñor Pla y Deniel

—estudiado por Sánchez Recio de la Universidad de Alicante— es un clarísimo ejemplo de la participación directa de la Iglesia en la formación ideológica del nacionaleatolicismo franquista altamente fascistizado (p. 159). También, en esta misma línea situamos a Aniceto de Castro Albarrán, canónigo biografiado por Francisco Cobo de la Universidad de Granada. Sin embargo, nos encontramos con dos casos particulares sumamente curiosos, como los de Juan Tusquets —biografiado por Paul Preston de la *London School of Economics* y uno de los hispanistas más reconocidos— sacerdote que pasó del catalanismo al antisemitismo más recalcitrante, para volver a sus orígenes catalanistas después. Y Martín de Arrizubieta —de Núñez Seixas de la Universidad de Santiago— quién realizó el mismo camino desde el nacionalismo vasco hasta el falangismo nacionalsocialista, volviendo en sus últimos años a sus orígenes abertzales. Excitantes biografías que vienen a corroborar la permeabilidad de las ideas políticas en la evolución de los seres humanos.

En conclusión, nos encontramos con una obra sumamente rica e interesante que logra lo que se propone; profundizar en el conocimiento de la España de entreguerras a través de las biografías de diversos personajes unidos por unas líneas comunes, la estrecha relación entre Patria y Religión, y más concretamente, con la Nación española. Sin olvidar, también, los estrechos contactos que muchos de estos personajes tuvieron en su evolución ideológica con el nuevo pensamiento de la derecha europea. Así

como la cruenta Guerra Civil española en la que participaron activamente contribuyendo a su fascistización. No obstante, la presencia de algunos personajes como Maura o Cambó, no liga bien, a nuestro parecer, con las nuevas teorías de la *religión política*. Sin embargo, el añadir a personajes que entremezclan el nacionalismo españolista con el vasco y el catalán, dan una gran riqueza y flexibilidad a la obra en general. En definitiva, es un libro francamente recomendable para todos aquellos —estudiantes, profesionales o aficionados— que se acerquen a él.

Antonio Alcusón Sarasa  
*Universidad de Zaragoza*

## Humanidades en almoneda

Martha C. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, trad. María Victoria Rodil, Buenos Aires, Katz, 2010, 199 pp.  
Jordi Llovet, *Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les humanitats*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, 379 pp.

*Where is the wisdom we have  
lost in knowledge?  
Where is the knowledge we have  
lost in information?*  
T S Eliot

Mientras ordeno las notas para escribir estas líneas, la prensa corrobora la tempestividad de las lecturas

que me propongo reseñar. El filósofo Emilio Lledó publica una encendida defensa de la cosa pública que pone de relieve que la democracia no puede subsistir sin la educación y la ética, y que por tanto «no puede rendirse a las privatizaciones mentales de paradójicos libertadores»; el mismo día, en el barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas la educación se sitúa en sexto lugar entre las principales preocupaciones de la ciudadanía española.<sup>1</sup> No es casual: es el resultado de un inicio de curso plagado de recortes económicos, acusaciones falaces, movilizaciones y huelgas. La preocupación crece con la evidencia de que la recesión ha alcanzado de lleno al sector educativo, ya de por sí tocado por una crisis que parece haber interiorizado como su propio modo de ser.

Los problemas, indudablemente, son comunes a casi todos los dominios del saber. Pero el malestar se hace especialmente lacerante en el ámbito de las humanidades, toda vez que en él los recortes se acompañan de un cierto menosprecio muchas veces inducido por los propios poderes públicos que debieran ser sus garantes. En efecto, en los últimos decenios se ha impuesto el criterio de la rentabilidad económica como factor determinante para la dotación de las titulaciones y los departamentos. «La palabra del momento es “impacto”, y cuando el gobierno habla de “impacto” se refiere sobre todo al “impacto económico”»; así se expresa la filósofa Martha Nussbaum, profesora de la Universidad de Chicago, en el libro que reseñamos, donde además pone el acento

en el daño que el descuido de las humanidades puede causar al buen funcionamiento de la democracia.

El texto de Nussbaum es un manifiesto a favor de las humanidades, de escritura clara y didáctica, y tal vez por ello algo redundante, que parte de dos consideraciones claras: la rentabilidad económica no debe ser el principal criterio de la enseñanza, pero además todo país que persiga esa rentabilidad hará bien en no menospreciar la formación humanística. Así pues, el mayor problema parece ser la inmediatez con que se esperan los réditos –una vez más, chatamente pecuniarios– de lo que se invierte en educación, a lo que se suma el crecimiento de la burocracia, que por la doble vía del enlentecimiento y la estandarización dificulta todavía más las labores investigadora y educativa. Y como trasfondo de esta situación, la reorientación neoliberal que por doquier han sufrido las políticas públicas desde los años ochenta.

En esta tesitura, Martha Nussbaum decide dar la voz de alarma sobre el descrédito –que diría García Gual– de las humanidades, y poner énfasis en la necesidad de cultivarlas no sólo por los conocimientos que transmiten sino, precisamente, por algo que hoy llamaríamos su valor añadido.<sup>2</sup> Porque, según la autora, la educación humanística y artística permite, más que ninguna otra, el desarrollo de aptitudes que son imprescindibles para el buen funcionamiento de las sociedades, como el ensanchamiento de la comprensión, el respeto al otro y la empatía, la capacidad de reflexión y el pensamiento crítico, el disenso cor-

dial y la responsabilidad individual. De entrada, puede parecer mucho, y la propia autora no se llama a engaño. Pero sostiene que, «aunque el conocimiento no garantiza la buena conducta, la ignorancia es casi una garantía de lo contrario».

La vía para fomentar esas aptitudes es el desarrollo de la «imaginación narrativa», que es «la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona, de interpretar con inteligencia el relato de esa persona y de entender los sentimientos, los deseos y las expectativas que podría tener esa persona». ¿Cómo hacerlo? Nussbaum, amparándose en la novela *El hombre invisible* y el conflicto racial que late en su corazón, argumenta que toda sociedad tiene puntos ciegos, aspectos con los que no logra lidiar o prejuicios que ni siquiera percibe como tales. Pues bien, la tarea de la educación es localizar y dar visibilidad a esos puntos a través de una selección de lecturas, de representaciones teatrales, de piezas musicales e incluso de ritos tradicionales. El objetivo es que los alumnos aprendan a ponerse en el lugar de los otros y sepan, por ejemplo, qué es la discriminación, accediendo al punto de vista de quien la sufre. Porque, ciertamente, mucho más efectiva que la mera información sobre los prejuicios y las desigualdades es la «experiencia participativa», y en este sentido la autora cuenta el caso de unos alumnos que representaron una obra de teatro sobre Rosa Parks y tuvieron ocasión de sentarse en la parte trasera de un autobús escolar como parte de una lección sobre el

movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos.

En definitiva, estamos ante un peligro no menor, puesto que «si una democracia no posee esta *fons salutaris* que significa disponer de una capa social muy bien preparada intelectual, política y cívicamente, entonces cae, a menudo de modo beatífico, en las formas más perversas del regimiento de la cosa pública: la plutocracia, la burocracia y, en el límite, los totalitarismos disfrazados con las máscaras más sofisticadas. El papel de las humanidades, en este sentido, no tiene parangón». La cita pertenece al segundo libro que reseñamos, que abunda en muchos de los asuntos señalados por Nussbaum e indaga en algunos otros. Con él seguimos.

El autor es Jordi Llovet, catedrático de teoría de la literatura y literatura comparada en la Universidad de Barcelona hasta su jubilación en 2008 –aunque este año ha vuelto a dar algún curso a alumnos de primero, los menos contaminados, según él, por los vicios universitarios–. En este caso, la obra tiene dos registros: el autobiográfico, donde el autor cuenta su peripecia vital desde que entró en la universidad, y el analítico, donde discute algunos aspectos del estado de dicha institución. El tono es moderadamente pesimista y severamente crítico, aunque no está exento de humor e ironía –el episodio de la huida de un restaurante parisino de lujo impostando una conversación en inglés con Enrique Vila-Matas es digno de mención al respecto–, el pulso narrativo es ágil y firme, y la escritura es exquisita. Sólo cabe confiar en que su esperada

traducción al castellano le haga justicia y ponga la obra al alcance de un mayor número de lectores, porque sin duda lo merece.

Por lo demás, Llovet sitúa en la base del eclipse de las humanidades la fragmentación del saber y la quiebra en su transmisión. Nacido, como Nussbaum, en 1947, considera que la última generación que dio *maîtres à penser* fue la del 68, y que después esa relación de magisterio, que George Steiner exploró en un libro memorable, ha quedado desleída.<sup>3</sup> Hay, de cierto, profesores y alumnos, pero ya no quedan maestros, ni tampoco discípulos. En relación con esto se encuentra la práctica desaparición de las antiguas facultades de Filosofía y Letras, que proporcionaban una formación general y, por así decirlo, una cosmovisión al alumnado. Llovet es taxativo al respecto: «El espíritu humanístico que aún poseía mi facultad cuando cursé la carrera quedó desintegrado y urbanísticamente disgregado en la ciudad, de suerte que desde entonces hemos tenido que ver cada vez más cómo un estudiante de Dante no sabe apenas nada de Virgilio, un estudiante de la filosofía aristotélica no sabe griego, un estudiante de historia de América no sabe nada de Melville, un estudiante de Shakespeare no conoce el reinado de la reina Isabel, un estudiante de filología catalana no ha leído nada de Machado, un estudiante de filología española no ha leído a Carlos Riba, y los estudiantes de pedagogía o de psicología *no saben* –y lo he escrito en cursiva, porque una cosa es dominar estrategias y otra es saber– nada de nada».

El autor dedica un capítulo completo al análisis de la reforma universitaria impulsada por el infame Plan Bolonia, que actuando de buena o mala fe ha acentuado en Europa los mismos problemas que Nussbaum detectaba en su análisis centrado en Estados Unidos y la India. El principal es la confusión –deliberada– entre la sociedad y el mercado laboral cuando las autoridades que rigen los planes de estudio aseguran que la universidad debe acercarse a la sociedad. Llovet es claro al respecto: el vínculo entre las facultades de humanidades y la sociedad ha de ser la custodia de las metamorfosis, como decía Canetti, es decir, la atención a los cambios, el disenso y la crítica, la resistencia y el combate ante el encomio de la estulticia. Ese debe ser su papel, y no el rendimiento económico inmediato o el apoyo y la subordinación al poder, que se detecta en algunos departamentos aquejados de narcisismo micropolítico.

Finalmente, las dos obras reseñadas coinciden en la reivindicación del legado clásico, humanístico e ilustrado, en la valoración del conocimiento del pasado como elemento de crítica del presente y, sobre todo, en la pedagogía socrática, esto es, en la defensa de la oralidad, el diálogo y el debate como vías de acceso al conocimiento y de formación personal y ciudadana. Parece elemental, pero no lo es tanto ante instituciones que se han plegado al uso indiscriminado de nuevas tecnologías y que incluso llegan a penalizar que en clase no se utilice el PowerPoint, ese programa que según algunos nos vuelve estúpidos.<sup>4</sup>

Pero lo más curioso del caso es que si uno pregunta a cualquier persona medianamente culta –incluso a quienes deciden los planes de estudio– por los momentos estelares de la humanidad, por lo mejor del legado de Europa, es seguro que en su respuesta estarán las más altas cimas de la música, la literatura, la historia y del pensamiento. Si existe tal acuerdo, por qué entonces echar a perder esa sabiduría y ese conocimiento, como se lamentaba Eliot en el poema que encabeza este texto y que cita Llovet. ¿Por qué tanto empeño en dejar sin futuro nuestro pasado?

Vladimir LÓPEZ ALCANIZ  
*Universitat Autònoma  
 de Barcelona*

#### Notas

- <sup>1</sup> Léase Emilio Lledó, «¿Quién privatiza a los políticos?», en *El País*, 4 de octubre de 2011, p. 29.
- <sup>2</sup> Véase Carlos García Gual, *Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas*, Barcelona, Península, 1999.
- <sup>3</sup> Se trata de George Steiner, *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela, 2004.
- <sup>4</sup> Así lo cree Franck Frommer, *El pensamiento PowerPoint. Ensayo sobre un programa que nos vuelve estúpidos*, Barcelona, Península, 2011.

## Una Historia de la Enseñanza Media, desde Aragón

Guillermo Vicente y Guerrero (coord. y ed. lit.), *Historia de la Enseñanza Media en Aragón. Actas del I Congreso sobre Historia de la Enseñanza Media en Aragón celebrado en el I.E.S. «Goya» de Zaragoza del 30 de marzo al 2 de abril de 2009*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011.

En un momento en el que la educación pública está en el ojo del huracán, resulta siempre adecuado volver la vista atrás para intentar comprender lo que la instrucción pública ha significado para este país. Alejado del tempestuoso e interesado debate político, este libro ofrece un sosegado balance de la importancia de la enseñanza media en Aragón. Estas actas no se reducen al efímero espacio de un evento sino que pusieron las bases para la creación de un Seminario permanente de formación para el profesorado de secundaria sobre este mismo tema así como la implementación del grupo de investigación *Política, Educación y Cultura en el Aragón Contemporáneo*, la organización de congresos bianuales (en 2011 se celebró su segunda edición) y una puesta en valor tanto de los materiales como del recorrido de los Institutos históricos de esta comunidad autónoma. Además, a través de este proyecto no sólo se involucra a los docentes sino que también se introduce a los alumnos de secundaria

en la investigación y el conocimiento de la historia de la educación. Asimismo, este tipo de actos permiten actualizar la otrora fructífera relación entre los institutos y la universidad española.

Huelga señalar las complicaciones que entraña realizar una valoración individualizada de las 11 ponencias y 21 comunicaciones que recogen las actas de este congreso. Y es que algunas de ellas son aportaciones más documentales o sentimentales, mientras que otras constituyen nuevas aproximaciones a este objeto de estudio. En cualquier caso, en este libro se observan los resultados de la antigua vinculación y del trabajo común entre los ámbitos educativos medios y superiores. Así, las actas se abren con la ponencia de Agustín Escolano Benito (Universidad de Valladolid), uno de los grandes especialistas en historia de la educación en España con estudios como *Educación y economía en la España ilustrada* o la sugerente aportación a la historia de la enseñanza femenina: *El pensil de las niñas: la educación de una mujer*. En esta ocasión, su artículo ofrece un adecuado marco general con el que iniciar un análisis de la historia de la pedagogía en España, la cual evolucionó desde un modelo de elites a otro de masas que presta más atención a la diversidad.

Desde esta perspectiva más general, y actuando como preámbulo del estudio de la educación en época contemporánea, estaría el artículo sobre la enseñanza en Aragón en la segunda mitad del siglo XVIII realizado por el coordinador de la obra.

En este artículo se presentaba una estado de la cuestión de la importante labor realizada por jesuitas, escolapios, maestros seculares y seminarios conciliares, así como de la articulación de una serie de proyectos ilustrados reformistas en torno a la Real Sociedad Aragonesa Económica de Amigos del País. A éste, le seguirán un conjunto de trabajos que trazan recorridos panorámicos acerca de los más importantes institutos aragoneses. Además, encontramos una aportación complementaria del profesor Francisco Baltar sobre un tema tan poco abordado como el de los colegios preparatorios militares. El abanico de ponencias se completa con un análisis de la participación de las mujeres en la enseñanza media en Aragón ya fuera como alumnas o como docentes. Si bien este último trabajo es de gran interés, quizás su extensión, que ronda las cien páginas, descompensa la obra, pudiendo haber sido objeto de una monografía.

Este conjunto de ponencias se cierra con la participación de uno de los mejores especialistas en este terreno, Antonio Viñao Frago, catedrático de Teoría e Historia de la educación de Murcia. Es autor de más de un centenar de artículos y de diez libros sobre este tema, entre los que destacarían *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea*; *Innovación pedagógica y racionalidad científica: la escuela graduada pública en España*; y *Escuela para todos: educación y modernidad en la España del siglo XX*. Al igual que ocurre en la conferencia de apertura, Antonio Viñao Fra-



go optó por realizar un análisis diacrónico de la educación en España, que va desde el bachillerato de élite hasta la segunda enseñanza para todos. Eso sí, ello se hace teniendo en cuenta el punto de vista de la escolarización y de los porcentajes de aprobados y graduados. Además, el texto termina con una reflexión sobre si la extensión de la educación secundaria había venido acompañada de una adecuación de la formación pedagógica de los docentes y de una verdadera apuesta, con los suficientes recursos, por una educación que integre y diferencie sin segregar. Esta última cuestión es clave en una sociedad con un alto grado de heterogeneidad y segregación que convive con una doble red de enseñanza pública y privada, donde la segunda puede seleccionar, directa o indirectamente, a sus alumnos.

En la segunda parte de estas actas se incluyen las comunicaciones que fueron defendidas en las distintas sesiones de dicho congreso. Estos textos también estuvieron marcados por una extraordinaria heterogeneidad de temas, como la enseñanza nocturna (Francisca Soria) o los modelos arquitectónicos de instituto (Mónica Vázquez); y de autores, destacando la participación de cuatro alumnas del bachillerato del I.E.S. «Goya» de Zaragoza. Entre estos trabajos resaltan aquellos que vinculan los diversos proyectos educativos con la política, ya sea a través de las pugnas entre Falange y católicos por el modelo educativo del primer franquismo (como hace Gustavo Alares), de la represión del magisterio

aragonés (como realiza Alfonso Pérez) o del proyecto conservador del polifacético Miguel Allué Salvador (Luis G. Martínez del Campo). Por último, el volumen incluye un anexo con diversos documentos escolares: cartas, modelos de exámenes, calificaciones, valoraciones morales de los alumnos...

En definitiva, nos encontramos ante un libro desigual y excesivamente largo, pero que reúne algunas aportaciones relevantes junto con otras de carácter más emotivo, e incluso panegírico, las cuales, no obstante, ofrecen una interesante aportación documental. Todo ello no es óbice para destacar que la publicación de estas actas abre muchas vías de investigación, refuerza las relaciones entre institutos y universidad, da a conocer algunas fuentes poco utilizadas y, sobre todo, consolida las bases para el estudio de la enseñanza secundaria en Aragón y en el Estado español.

Javier RAMÓN SOLANS  
Universidad de Zaragoza